

<p>Una revolución. Luego una guerra. En aquellos dos años -que eran la quinta parte de toda mi vida- ya había experimentado sensaciones distintas. Imaginé más tarde lo que es la lucha en calidad de hombre. Pero como tal niño, la guerra, para mí, era tan sólo: suspensión de las clases escolares, Isabelita en bragas en el sótano, cementerios de coches, pisos abandonados, hambre indefinible, sangre descubierta en la tierra o las losas de la calle, un terror que duraba lo que el frágil rumor de los cristales después de la explosión, y el casi incomprensible dolor de los adultos, sus lágrimas, su miedo, su ira sofocada,</p>	<p>que, por algún resquicio, entraban en mi alma para desvanecerse luego, pronto, ante uno de los muchos prodigios cotidianos: el hallazgo de una bala aún caliente, el incendio de un edificio próximo, los restos de un saqueo -papeles y retratos en medio de la calle... Todo pasó, todo es borroso ahora, todo menos eso que apenas percibía en aquel tiempo y que, años más tarde, resurgió en mi interior, ya para siempre: este miedo difuso, esta ira repentina, estas imprevisibles y verdaderas ganas de llorar. Ángel GONZÁLEZ: <i>Tratado de urbanismo</i> (1967)</p>
--	--

### Organización de las ideas

Primera parte (desde el principio hasta hombre). Presentación objetiva cronológica del objeto de su mundo (Guerra Civil) y justificación del mismo como crucial en su biografía (hay un antes y un después).

Segunda parte (Desde “Pero como tal niño” hasta calle). Recuerdo propiamente dicho: vivencias de la Guerra Civil siendo un niño.

Tercera parte (Desde “Todo pasó” hasta el final). Reconocimiento de las secuelas de la Guerra Civil en su edad adulta.

### Resumen del texto

Contraste entre la ingenua mirada de un niño durante las vivencias de los años de la Guerra Civil Española, con la dolorosa visión del emisor, ya adulto, del recuerdo de esas mismas vivencias y la declaración de que las mismas le han marcado para siempre.

### Tema

Recuerdos infantiles de la Guerra Civil y sus secuelas psicológicas en la vida adulta del poeta.

### Juicio crítico

El texto pertenece al género lírico, que es aquel que se centra en las emociones y los sentimientos. Es un poema de Ángel González, publicado en 1967 dentro de su obra "*Tratado de urbanismo*".

El poeta habla en primera persona, desde su yo y se dirige a todos sus lectores para hacerlos partícipes de su traumática experiencia. Se trata de un poema no estrófico con versos de medidas irregulares y sin rima.

El estilo sencillo, el tono conversacional y la enumeración caótica no deben hacernos pensar en que no hay método en la escritura o no hay afán literario. Lo que aquí vemos es una búsqueda de un nuevo lenguaje, no por entendible, menos sugerente; un lenguaje poético dolorido, lleno de metonimias, enumeraciones asindéticas y reiteraciones expresivas.

Las metonimias en el texto dulcifican la visión de la guerra del niño y amargan la del adulto: *las bragas de Isabelita, los cementerios de coches, los pisos abandonados o la sangre descubierta* carecen de la carga trágica que podrían tener los refugios en los sótanos, el caos callejero, las mudanzas constantes y los muertos de la guerra; y la reiteración *las lágrimas, el miedo y la ira* ahondan en la pena, la cual se refuerza, además, con el asíndeton. No pasa desapercibida la repetición obsesiva (mediante anáfora y epanadiplosis) del pronombre indefinido neutro *Todo*, que alude a los recuerdos infantiles de la guerra; estos se han hecho borrosos con el tiempo, lo único que permanece es el dolor de que no fue consciente en su niñez. Parece que el poeta nos estuviera hablando y que desde su presente se asombrara de la crueldad de lo vivido de niño. Entiendo que por eso la adversativa *Pero como tal niño* se remarca con la mayúscula.

Veo que Ángel González alude con exactitud en este poema a detalles autobiográficos de su niñez. Sus primeros recuerdos se remontan a cuando él tenía nueve o diez años (las referencias temporales a la Revolución asturiana del 34, a la Guerra Civil del 36 y a los dos años que las separaron, la quinta parte de su vida, son explícitas en los versos tres y cuatro).

A partir de *Pero como tal niño*, el autor enumera lo que para él, con su mirada inconsciente de niño, era la guerra: fundamentalmente propiciaba el juego (uno se lo imagina sin clase, embobado por Isabelita, jugando en los cementerios de coches o en los pisos abandonados). Ni el hambre (indefinible), ni los muertos y heridos (sangre descubierta en la tierra o las losas de la calle) parece que lograban aterrarle por mucho rato. El terror se limitaba a pequeños sobresaltos por las explosiones o por el dolor de los adultos. Sin embargo, el terror sí que entraba en su alma, pero lo olvidaba enseguida, distraído por prodigios cotidianos (hallazgos de una bala caliente, un incendio o restos de un saqueo) que precisamente adquieren la categoría de prodigios porque obran el milagro de convertir la destrucción en utilidad, en motivo de juego y evasión en la mentalidad del niño. El punto de vista infantil facilita al poeta el acercamiento a esa realidad tan dura y el hablar de ella sin herir demasiado nuestra sensibilidad como lectores. Lo mismo han hecho otros escritores y directores de cine actuales -recordemos, por ejemplo, el caso de *La vida es bella* en el marco de los campos de exterminio nazis.

Entiendo que la intención principal del texto es poner de manifiesto las secuelas negativas que dejan todas las guerras, sean del tipo que sean. Creo que Ángel González con este poema no trata de cambiar la sociedad, como los escritores que le precedieron, sino de darles una mayor humanidad a los temas sociales. Veo que no pretende ser la voz de todos los oprimidos, sino la voz de sí mismo, de transmitirnos su propia experiencia.

Desde mi punto de vista el título *Ciudad Cero* es significativo: no importan tanto los nombres de la ciudad, de la revolución o de la guerra porque forman parte del inconsciente colectivo (observemos que los determinantes un, una de los versos 1 y 2 son indefinidos y que *Cero* no es ningún nombre propio). Cero connota destrucción, desolación; Cero es el título del poema de Julio Salinas que recuerda la explosión de la bomba atómica, y también el punto de partida -como el Km 0 en las ciudades- de los recuerdos del poeta, es decir, Cero, Nada, es el centro neurálgico de su existencia y la causa de su dolor de adulto.

Me parece ver en el poema una gran ironía del destino encerrada en esa especie de limbo que es la niñez. Precisamente aquellos sentimientos abstractos, de dolor de los adultos, que se colaron en el alma del poeta, sin él saberlo, son los que lo definen como hombre, son los únicos que *resurgen, ya para siempre*, y son, por tanto, los que repite al final haciéndolos suyos, heredándolos de sus mayores, y así los posesivos de los versos 20 a 23 (*sus lágrimas, su miedo, su ira sofocada*) se convierten en demostrativos en los versos finales 40-43 (*este miedo, esta ira, estas imprevisibles y verdaderos ganas de llorar*) y la adjetivación de los versos finales resulta muy reveladora. Así, el miedo es difuso, lo cual lo hace más difícil de controlar, de medir; la ira, repentina; si antes se debía sofocar, ahora surge como una explosión, como un desahogo y las lágrimas brotan de forma imprevisible y reflejan esa profunda angustia íntima.

Estoy seguro que este sentimiento de Ángel González le es muy familiar a todas aquellas personas de su generación que sufrieron la Guerra Civil española y a cualquier ser humano que haya padecido en carne propia un conflicto armado. Los que hemos tenido la suerte de no vivirlos en primera persona podemos solo imaginar lo que supone crecer con una experiencia tan traumática ¡Cuántas vidas quedaron truncadas! ¡Cuántos proyectos abortados! Siendo tan conscientes como somos de las secuelas nefastas de las guerras, no puedo entender ese empecinamiento de la humanidad en no aprender de los errores del pasado y seguir dirimiendo las diferencias mediante la violencia.